

testimonio

De cómo en nuestro imaginario (París incluido) se conciben l@s hij@s

Adriana Ortiz-Ortega¹

“Madres, ¡qué desmadres!”

Hoy Claudio nos vio cansadas y tendió no sólo su cama sino la nuestra. En parte, gesto de hijo amoroso que empieza a demostrar que él también sabe cuidar a sus mamás; en parte, artificio de un seductor profesional que busca negociar más tiempo frente al *play station* 2. Al hijo único, que se sabe deseado y adorado, a veces le resulta complicado aprender el sentido de los límites: que no puede jugar nintendo indefinidamente, que eructar estruendosamente en la mesa no es un juego, que la respuesta más apropiada cuando le pedimos que haga algo que no le gusta no es “¡Madres, qué desmadres!”. En fin que, como los otros niños de su escuela, como sus amigos (a los diez años difícilmente los niños tienen amigas) es indispensable que transite de ser un niño travieso a un adolescente disciplinado, a un adulto responsable, cualquiera que sea la composición de su familia. Así las cosas, cabe preguntarse ¿qué será lo que distingue una maternidad lésbica de otras?

¹ En espera de completar un *divertimento a tres voces* que incorpore la experiencia de Claudio a través de su fresca elocuencia, agradezco a Claudia Hinojosa su complicidad de siempre para la concepción y edición de este texto, aunque viniera acompañada de arduas negociaciones con su espíritu modesto pero implacable para la modulación de mi prosa, sobre todo en lo referente a la caracterización de su persona(je).

*La voz de la madre lista para convertirse
en útero paridor y su pareja celestial*

Pertenecí desde muy joven a ese mundo singular de mujeres históricamente preparadas, digamos, para trascender los modelos familiares de sus antecesoras y asumirse como independientes. Se trataba de un mundo (o muchos munditos) de mujeres que se guiaban (a veces pregonándolo y otras en silencio) por frases como “¡me olvidé de tener hij@s!”. Esta expresión se traducía, en el caso de las que sí tuvieron hij@s, en referencias escasas a la relación con l@s hij@s propi@s, para denotar que no todo lo importante de la vida ocurría en esos espacios. Las intervenciones de quienes sí fueron madres dejaban entrever, a veces de manera enfática —mediante la delegación del cuidado de sus hij@s en otros miembros de la familia o en el servicio doméstico— que su estar en el mundo no giraba en torno a la maternidad.

Mi primer ingreso a este mundo de mujeres, cuya energía no se canalizaba —o lo hacía de manera tangencial— hacia la maternidad, para continuar centrada en la política, la escritura, la academia, las ciencias, ocurrió desde la universidad ¿o antes?

Sin embargo, mi tránsito de la heterosexualidad a la bisexualidad fue lo que me llevó a preguntarme de manera inminente qué modelo de familia escogería, dado que yo SÍ (con mayúsculas) deseaba tener hij@s. Se trataba de una gran pregunta sin respuestas ni certezas pues, a principios de los ochenta, cuando me surgieron estas inquietudes, ni en la literatura feminista, ni en los intercambios con las parejas o amistades, encontraba un espacio de reflexión sobre cómo convertir la maternidad en una experiencia intensa, más allá de lo que pensarán las demás personas.

El definir vitalmente la maternidad me parecía algo muy complejo, incluso angustiante —sólo porque así suelo ser cuando algo me importa—, pero necesario. Siempre presentí que frases como: “sólo se es libre cuando no se ejerce la maternidad impuesta por siglos a las mujeres” no me alcanzarían para toda una vida. Cuando leía textos feministas —recuerdo en particular los de Ann Snitow— me parecía de una frivolidad escandalosa pretender hablar de demandas y plataformas para confrontar los discursos dominantes, sin pasar por una reflexión teórica rigurosa sobre el ejercicio de uno de nuestros potenciales creativos más sorprendentes: la formación de otros seres humanos. Interesante que fuesen autoras como Audre Lorde o Adrienne Rich, dos madres lesbianas y escritoras, las que comenzaron a socializar su experiencia,

a reivindicar sus vivencias y a teorizar sobre ellas. Pese a estas lecturas fundantes, producto de mi asistencia a seminarios de reflexión en El Colegio de México o a las sesiones editoriales de la revista *fem.*, a cuyo consejo editorial pertenecía, a medida que me fui involucrando con quienes asumían una identidad abierta de mujeres que amaban a otras mujeres —que militaban en las calles, arriesgaban sus trabajos y otros privilegios para defender este derecho—, los hombres iban quedando atrás en mis vidas de pareja y mis dudas se multiplicaban.

No es difícil imaginar que en mi paso de un mundo bi- hacia un mundo lésbico, mi entonces tentativo proyecto de ser madre adquirió tonos reivindicativos al percatarme de que distintos sectores feministas hetero-, lésbicos o bi- me veían como ingenua, “inventándome” problemas para los cuales no sentían que la sociedad estuviera lista.

En este contexto, a principios de los ochenta, solté al que entonces me parecía “el último de mis hombres”, un economista de Harvard, dispuesto a compartir conmigo la paternidad, la biculturalidad y la bisexualidad, y me despedí de la seguridad social que da la heterosexualidad con todo y sus códigos, que tan bien conocía. Fue un acto de gran confianza en la vida, acompañado de la sensación de dar un salto al vacío. Continuaría yo entonces el viaje por la vida alimentando el deseo de tener un hij@ desde la pertenencia a una o muchas mini comunidades, en mucho ajenas a este deseo.

Divertido —o doloroso según el día (de ayer u hoy)— ver las contradicciones de mujeres que coquetean con la bisexualidad, o de plano con el lesbianismo, mujeres independientes en términos económicos culturales y políticos. Artistas, escritoras, académicas, políticas súper articuladas, listas —y detenidas a la vez por sus atavismos— para entrar en relaciones amorosas intensas con otras mujeres. Complicado verlas no vivir o vivir a medias estas experiencias desde el silencio. Aceptarlas no preparadas para abatir las compuertas de la heterosexualidad legitimando el gusto por los encuentros con otras mujeres. Bisexuales encantadoras impedidas, por lo pronto, para entretener con la misma ligereza el amor entre mujeres que el experimentado cuando aparecen amantes hombres que no son sus maridos.²

² Siempre me he quedado con la duda sobre si el dilema que enfrenté respecto a ser “les” en vez de “bi” pudo haber provocado reflexiones más amplias en las mujeres con lazos hetero más fuertes que los míos. Es decir, si será que la homofobia

Algunas de ellas, con la mejor intención, estoy segura, intentaron protegerme aconsejándome que lo que “debería” hacer era tomar la oferta de casarme con el economista de Harvard, un hombre íntegro, y tener novias ocasionalmente. Y yo, tan “articulada” respecto a lo que percibía como sus incoherencias, traté de seguir estos consejos. Sin embargo, la pasión por las “novias” siempre me desbordaba, haciéndome incapaz de las concesiones que podían haberme asegurado la seguridad material. En efecto, en cuanto a la pérdida de seguridad material, sí tuvieron razón mis amigas, a juzgar por el estatus de las parejas de mis ex novios.

Los años fueron y vinieron. El caso es que yo no me desprendí, ni aislada ni súbitamente, de los hombres como opción de vida. No crucé esa frontera social, familiar o sexual sola. Fue gracias a que amé a mujeres como Rosamaría Roffiel, poeta y exploradora espiritual incansable, que conseguí las agallas para convertir a los hombres en compañeros de ruta, en amantes ocasionales, pero no en parejas para toda la vida. Con Rosamaría pude sentir como mío —en mis manos, mis palabras y en mi cuerpo— ese secreto a voces que comparten las mujeres que aman a otras mujeres: que el deseo es muchas veces mayor en intensidad, en comunicación e intimidad que el que se asocia o se gesta entre una mujer y un hombre. La complicidad física, sexual, erótica y emocional con otra mujer te requiere, casi siempre, ir un poco más lejos. Al menos eso percibo cuando recapitulo cómo quedaron envueltos los intercambios amorosos y eróticos con la Güera Roffiel en la poesía, en los guisos, las muestras de cine, las fiestas, los antros que compartimos.

se vive de manera generacional y marca la elección individual. Si fuese de este modo, entonces el ir y venir, venir e ir entre un mundo hetero, bi y homo, será privilegio de nuevas generaciones. Tal vez en el futuro los tránsitos sean más fluidos. Por lo pronto, ya hoy en día las mujeres ligadas a la preferencia hetero comienzan a poner en práctica con más frecuencia la “fantasía” de acceder a la relación con mujeres, aunque más bien en el espacio de la relación ocasional. Nos encontramos con que las relaciones entre mujeres pueden estar generando más curiosidad y por ello mayores encuentros entre mujeres heterosexuales que buscan acercarse a alguna experiencia bi. La falta de discursos al respecto hace que dude en plantear que se trate del ejercicio de una “preferencia” sino, en el mejor de los casos, del acceso a una “experiencia” aún confinada, muchas veces, a espacios cerrados o clandestinos.

Por lo tanto, a la gestación de mi maternidad contribuyó significativamente la relación con Rosamaría. Me autoafirmó desde el deseo en la libertad frente al miedo. Le dio piso a mi “necedad” de que el cambio de preferencia no tenía que ir acompañado necesariamente de la pérdida de privilegios, aunque fuesen clasemedieros. Me refiero específicamente a tener acceso a “buenos partidos”, a una oferta de matrimonios estables, a la libertad sexual —sujeta siempre al buen gusto y al respeto—, al derecho a la seguridad económica y, sobre todo, a una descendencia segura, amada y deseada.

Llevar “la frente en alto y sin culpas”, aunque la opción erótico-amorosa cambiara, a veces me resultaba cuesta arriba, sobre todo, por mi necesidad de seguridad emocional exacerbada por el divorcio temprano de mis padres. En todo caso, en los años ochenta y desde mi muy específica temporalidad bi-, con fuertes sesgos lésbicos, resultaba difícil compartir la férrea decisión de muchas lesbianas de mi generación de no tener hij@s. La complejidad me desbordaba en esos años debido a que mis confusas reflexiones —pero férreas ganas de tener una hija o un hijo— se topaban muchas veces con el deseo de las otras de no tenerl@s NUNCA (con mayúsculas). Más bien, el problema resultaba de la limitada reflexión sobre la maternidad, aun en los espacios alternativos, que constreñían la exploración de cualquier ambivalencia no explorada respecto a nuestras imposibles o posibles maternidades. Ahora me parece que ese NUNCA de mujeres hetero- o bi-, con frecuencia era una respuesta al hecho de no haber tenido una infancia propia porque tuvieron que hacerse cargo de l@s herman@s desde chicas, por las carencias emocionales de los padres, por la frágil estructura familiar donde se vivió violencia simbólica o física o, en el caso de las lesbianas, sumado a lo anterior, el doloroso rechazo familiar por haber osado amar a otras mujeres, la necesidad de ocultar la preferencia a ratos frente a la familia, otras veces en el trabajo, ante la sociedad y quién sabe cuántas razones más. Seguramente, habrá muchos casos más en que el no ser madres es y fue experiencia gozosa y feliz. Hasta yo llegué a alimentar esa fantasía del encuentro sin límites con el tiempo, con la creatividad. Sin embargo, para mí resulta difícil decantar esta posibilidad sin entrar de lleno en las contradicciones propias de mi momento. En el México en el que yo vivía durante los ochenta, es posible afirmar que el gestar, ya no l@s hij@s sino el deseo de tenerl@s desde la relación de mujeres con mujeres no se manifestaba. Lo que sí existía eran mujeres

lesbianas que se habían embarazado a través de encuentros con algún hombre buscado *ex profeso* con esa intención. Posiblemente, también algunas otras parejas o mujeres lésbicas se embarazaron por medio de la inseminación asistida sin nunca compartirlo.

Lo que más nítidamente recuerdo es el hecho de que algunas lesbianas comenzaron a compartir l@s hij@s de sus parejas y se involucraron en distintos grados en la crianza de l@s mism@s. Algunas de estas mujeres incluso ya se organizaban en grupos. Sin embargo, las sesiones de madres lesbianas a las que asistí resultaban demasiado “avanzadas” para las necesidades de una mujer con deseos pero sin hij@s. Las asistentes se referían en las sesiones a las dificultades de la crianza de l@s hij@s, de los conflictos pendientes —a veces dramáticos— con los maridos que intentaban quitarsel@s, de la competencia que se establecía entre sus parejas mujeres y sus hij@s, de las dificultades que planteaban las separaciones de las parejas mujeres en la formación de la personalidad de l@s hij@s. Seguramente, la agenda de estas reuniones era vital y educativa, pero inquietante, pues sembraba en mí nuevas dudas respecto a la conveniencia de emprender el proyecto de tener hij@s con una pareja mujer desde el comienzo, desde la gestación del deseo a la experiencia de la maternidad.

Pasaron dos años después de la ruptura con Jim y dos y medio de la ruptura con Rosamaría (ambas relaciones las viví de manera simultánea por años) antes de que llegara a mi vida mi compañera de ruta. Vivir el gran amor con Claudia me dio alas no sólo para involucrarme en una relación fundamentalmente monogámica (por supuesto, relativamente hablando y parafraseando la canción de Liliana Felipe), sino que esta relación de vida me dio el respiro que yo necesitaba para explorar la idea de construir la maternidad de lleno con otra mujer. Claudia Hinojosa no sólo llegó con las llaves que abrirían mi corazón a un encuentro directo con la pasión erótica y la ternura, la exploración impetuosa de los resortes múltiples del deseo, con la fiesta del gozo sexual que ella es capaz de provocar, Claudia significó para mí también la puerta de entrada a un mundo al que me sentía fascinada de ingresar, sin realmente pertenecer pues carecía de obra artística propia: el mundo de las artes escénicas. Gracias a este proyecto-pasión de Claudia, a su trabajo como promotora cultural, completé mi fantasía de estar “ahí” en los camerinos, en los estrenos de Las Divas, dirigidas por Jesusa Rodríguez, en los memorables tours por los festivales teatrales más importantes de Europa y Estados

Unidos. Durante varios años “viajamos” con *Donna Giovanni*, luego con *Atracciones Fénix*, Claudia en su personaje de “Chenerentola” y yo como “La Nueva de Janitzio”, a la que “habían mandado traer del pueblo para plancharle a las patronas Jesusa y Liliana”.

Supe que mi deseo de ser madre era genuino cuando ni siquiera el contacto con artistas de primer rango o las incontables fiestas y encuentros con intelectuales y personajes encumbrados lograron acallar mis deseos de embarcarme en las labores de la maternidad, a costa del tiempo y la disciplina necesarios para construir la obra propia. Para entender tanta “necedad”, en medio de un mundo tan poco afín (por sus tiempos y momentos) con la maternidad, habría que tomar en cuenta que Claudia, además de vivir entusiasmada con el impulso de esos proyectos culturales, tomó toda clase de riesgos, hace ya más de veinticinco años (cuando esto “no se usaba”), para mostrar que el amor entre mujeres podía ser nombrado públicamente: en la televisión, en el radio, en la prensa, para transitar del silencio, el aislamiento y la culpa a una cultura sexual en la que el amor entre mujeres pudiera vivirse abierta y gozosamente. Desde su trabajo en el grupo Lambda o en su minúsculo departamento de Río Churubusco, donde vivimos inicialmente, Claudia fue articulando un discurso innovador que contribuía a pensar colectivamente y a vivir el lesbianismo de otras maneras que, entre otras cosas, abrían el espacio para explorar la maternidad voluntaria.

Así pues, con Jesusa Rodríguez de maestra, Liliana de presencia lúdica y Claudia de cómplice y amante, comprendí que lo que se necesitaba para ser madre lesbiana era, quizás, llevar la teatralidad a la vida, convertirnos en personajes capaces de sacudirse del cuerpo y del alma cualquier obstáculo que impidiese vivir el deseo de ser madres como un gozo propio, como una experiencia más allá de lo nombrado y hasta “trillado”, aun por los discursos feministas, siempre al acecho crítico de la maternidad impuesta.

*Mamá, ¿los niños vienen de París o
¿cómo se embarazan las mujeres (lesbianas)?*

Pasar del deseo de tener un hij@ a la construcción de un proyecto sólo fue posible gracias a que nos expusimos Claudia y yo a otras ideas al vivir en Estados Unidos a finales de los ochenta. Mientras yo cursaba

estudios de doctorado, leíamos sobre lesbianismo y veíamos programas de televisión en un momento en que el tema de las maternidades lésbicas comenzaba a colocarse en el ojo público en Estados Unidos. Aunque no recuerdo la fuente exacta, un video documental en particular captó nuestra atención: se trataba de la historia de una niña que vivía con sus dos madres y en un momento dado les preguntaba por qué su familia era tan diferente a las otras. La mamá encargada del cuidado de la hija esa tarde sabía que “ese momento” llegaría algún día, así que tenía meditada su respuesta y, hábilmente, antes de hablar, le preguntó a la niña a qué se refería con “diferente”. Ella, sin dudar, respondió que no entendía por qué todas las otras familias sí hacían barbecue los domingos y ellas no.

Fuera de México, con las perspectivas siempre iluminadoras que suelen acompañar una toma de distancia de la propia cultura y en medio del pragmatismo norteamericano, iba resultando más fácil elaborar los pormenores sobre cómo accederíamos a la maternidad. Una gran interrogante se refería a la decisión sobre el donante: si acudiríamos a uno de nuestros amigos para tener al hij@ o a un catálogo de bancos de semen que describían a los —casi se podría decir— “sementales” por “especie” (caucásico, de ojos azules, complexión deportiva, oriental, de pelo negro, complexión delgada, etc). A diferencia de Claudia, a quien suelen acompañar una serenidad y una claridad casi místicas, yo por meses me debatí con ella, sola y acompañada de amigos y amigas sobre la necesidad de que nuestro hij@ tuviera un padre. Claudia, en cambio, proponía que, ya “entradas en gastos”, trascendiéramos los prejuicios freudianos y escucháramos nuestras certezas internas.

Una querida amiga, periodista mexicana que entonces trabajaba como corresponsal en Nueva York, jugó, sin saberlo, un papel fundamental en nuestra decisión de optar por un donante anónimo. Partícipe de nuestras conversaciones más insistentes en esa época, nos trajo un día de regalo un ejemplar de la revista Newsweek que, ya en 1988, preconizaba las nuevas conformaciones de las familias en el siglo que venía. De hecho, ese número especial de la revista se llamaba *Families in the 21st Century* (Las familias del siglo XXI) y mostraba que en los años próximos los arreglos familiares se diversificarían y multiplicarían inevitablemente y, en muchos de ellos, la presencia masculina ya no sería central.

En otras ocasiones, nos expusimos a otros documentales en torno a las nuevas parejas de mujeres lesbianas con hijos. Estos videos mostraban cómo donantes, madres e hijas o hijos de distintas edades convivían enfrentando nuevos y viejos derroteros, sin por ello caer en una versión apocalíptica de la vida humana. En otras palabras, sus personalidades no quedaban truncadas al saber que tenían donante en vez de “un padre”. Los niños y niñas entrevistados hablaban y se movían como tales mientras sus madres vivían los conflictos propios que plantea la vida en pareja o la crianza de l@s hij@s: cómo se comparte el tiempo, los ingresos, la resolución de conflictos derivados de distintos puntos de vista sobre la crianza, pasar tiempo con las familias de origen, etc. Resultaba significativa, en este contexto, la tranquilidad de los donantes, que se mostraban solidarios y cooperadores con las mujeres o con los bancos, y no se parecían en absoluto a la imagen de ellos que se ha popularizado en México: “temerosos” y “resentidos” porque las mujeres les “arrancan” el semen, mientras los separan del derecho a ser padres que de otro modo “gozarían”.

A medida que se acercaba el fin de mis estudios, me acompañaban muchas dudas: ¿cómo le íbamos a hacer para concebir un/a bebé cuando regresáramos a México? ¿Existirían los bancos de semen en Mexicalpan? ¿Cómo sería la respuesta social ante nuestra decisión?

Cuando los derechos dejaron de ser nuestros para reconocerlos en los de las otras

A principios de los noventa, nuestras reflexiones aumentaban —de manera similar a como pasa con las cuartillas de este artículo— pero aún no era evidente cuándo y cómo me embarazaría. Tuve la suerte entonces de participar en un proyecto que buscaba entender cómo las mujeres más pobres del mundo se acercaban a su sexualidad, a tener y criar hijos, y para investigar si en estos actos existía una noción de derecho. El proyecto comprendió estudios en México, Nigeria, Malasia, Filipinas, Estados Unidos, Brasil y Egipto, y fue un gran espacio para consolidar no sólo mi carrera como investigadora, sino la apropiación de mis derechos a ser madre. De acuerdo con nuestras investigaciones, en distintas partes del mundo las mujeres más pobres sólo comenzaban a fraguar una noción de sí mismas como sujetos de derecho a partir de que tenían hijos. Yo sentía que mi vida era una repetición de la misma

fórmula aunque con distintos privilegios. Es decir, yo me sentí lista para tener derecho a ser madre sólo hasta que mis largos años de estudio me hacían doctora de Yale e investigadora internacional y, de esta manera, me convertían en persona capaz de tomar decisiones propias en el campo de la reproducción.

Reflexiones aparte, optamos por el donante anónimo, aunque recibimos hermosas ofertas de amigos de Claudia, un querido cantante austríaco y un joven actor y director de teatro mexicano. Claudia estaba más abierta a involucrarlos. A mí ellos también me parecían geniales, pero al final coincidimos en que parecía demasiado atrevido engancharnos en un viaje tan definitivo y sin retorno en medio de tanta incertidumbre. Ni qué hablar de mis aproximaciones con ex parejas o incluso amigos gay de la prepa. Siempre les parecía muy “alocada” nuestra decisión; es decir, la respetaban pero guardaban su distancia.

Viniendo de una familia de médicos, escuchamos el consejo de familiares que nos recomendaron ir con uno de los ginecólogos más renombrados de México, quien manejaba el primer banco de semen de América Latina. Esta fue la opción que escogimos versus ponernos a experimentar por cuenta propia con métodos y técnicas alternativas de concepción. Cuando Claudia y yo llegamos cool al consultorio de Gutiérrez Najar después de tantos años de búsqueda existencial, igual nos tomó por sorpresa ver que estábamos ante decenas de mujeres que acudían a inseminarse. Es decir, es un secreto a voces, aunque no elaborado discursivamente, que muchas mujeres hoy en día se inseminan debido a los altos grados de estrés que limitan la capacidad procreativa de sus parejas masculinas.

Cuando entramos al consultorio con el primero de dos asistentes del doctor Gutiérrez Najar, nos dijo que nuestro caso era “fascinante”, que le gustaría hacernos más preguntas y escribir un artículo sobre nosotras en alguna revista científica. Poco después del intercambio inicial nos regresó a la sala de espera donde tantas otras mujeres se entretenían leyendo revistas “femeninas” o viendo la televisión. No resistimos ser vistas como “conejillas de indias”. Huimos hacia el consultorio de mi padre que era médico del mismo hospital y le pedimos consejos a su asistente, Luis del Valle, sobre qué hacer. Inmediatamente nos remitió con un joven médico dispuesto a oír nuestra historia.

El acceso a la inseminación asistida (y amorosa) que no “artificial”

A partir del primer encuentro con él, en 1993, Manuel Rodríguez Rábago, de manera abierta, inteligente y solidaria, se sumó desde la sapiencia de su conocimiento ginecológico a la exploración del sentido de nuestra maternidad. De su mano ponderamos la conveniencia o no de conocer al donante y la necesidad de realizar pruebas previas para conseguir la inseminación en los primeros intentos.³

Pruebas de laboratorio, inyecciones de hormonas fueron y vinieron. Mi cuerpo iba cambiando de textura, de forma. La mamá de Claudia, mi suegra solidaria, me inyectaba mientras me interrogaba ¿están seguras de hacer esto? ¿Están conscientes de la magnitud del cambio que ocurrirá en su vida si tienen un hijo? Mi madre, en cambio, permanecía callada pues no podía creer que por fin tendría el gozo de tener un nieto. Así que conociéndome, conociéndonos, mejor no decía nada que pudiera hacernos cambiar de opinión.

El día del segundo intento, personalmente subimos por el frasco de semen al banco donde nos recibió un científico súper comprometido con las nuevas técnicas de inseminación asistida. Sabiendo que yo era hija de médico, que había sido director del hospital, desplegó sus explicaciones científicas, hasta que al vernos un tanto perplejas, se redujo a informarnos que el semen que ese día nos entregaba el banco tenía una historia genética ampliamente estudiada y era producto de la donación filantrópica de un estudiante de medicina. Nos quedamos con la tranquilidad de que tal vez teníamos acceso a información más privilegiada que la que muchas mujeres tienen con sus maridos de toda la vida. El investigador nos aseguró además que, por su alta calidad, el semen correría de maravilla a su destino y, de quedar embarazadas, tendríamos un hij@ muy san@. Sí, quedamos embarazadas en el segundo intento. Esto fue maravilloso, ya que no tuve que seguirme sometiendo a los interminables relatos de personas amigas, conocidas y familiares de las mujeres que nunca lograron embarazarse. Sin embargo, en ese momento, comenzaron a caer encima aluviones de advertencias sobre las malformaciones genéticas que acechan a las parturientas tardías (yo ya tenía 36 años cuando logré

³ Los años pasaron y hoy en día Manuel Rodríguez Rábago es nuestro queridísimo amigo y cómplice, compañero de ruta, junto con su familia, en la crianza de Claudio.

embarazarme y, aunque el rango reproductivo se ha ampliado para las mujeres, todavía se consideran los 35 años como un límite).

Aunque físicamente mi embarazo fue una maravilla y pude continuar tomando clases de ballet, una disciplina a la cual me he sometido desde los primeros años de mi vida, pronto comencé a aumentar de tallas. Debido a que siempre fui delgada, el asunto no me preocupó, pues pensé que pronto perdería peso. Diez años después, arrastro ¡10 kilos de los 30 que gané! Mencionar el sobrepeso parece relevante para mí, pues creo que significó mi manera “inconsciente” de “pagar el precio” por la osadía cometida; la forma en que absorbí la ansiedad acumulada; expresión de la necesidad de crecerme en tamaño y dimensión para ponerme a la altura de la decisión que habíamos tomado; ¿una mezcla de las tres razones?

Cuantas veces contamos la historia de cómo me había embarazado en los circuitos feministas, aparecía una compañera que me hacía notar el riesgo (y el hecho “políticamente incorrecto”) de acudir a las nuevas tecnologías. Otras nos preguntaban por qué habíamos optado por una forma tan “aburrida” de embarazarnos si era “tan rico coger con hombres”. Si bien, en nuestro caso, estas reflexiones sobre la naturaleza “artificial” o “aburrida” de nuestro embarazo nos dejaban impávidas a esas alturas del partido, las reservas de este tipo influyeron en las decisiones de otras parejas que comenzaban ya a mediados de los noventa a buscar el embarazo.

De hecho, si fuimos una de las primeras parejas de mujeres en quedar embarazadas y asumirlo públicamente, esto se debió a que algunas otras siguieron rutas alternativas con sesgos tradicionales. Recuerdo dos casos: el primero, de una pareja que le pidió ayuda solidaria a otra pareja heterosexual. “Esposa y esposa” se juntaban a platicar todos los sábados, mientras el esposo prestado y la otra integrante de la pareja tenían relaciones con el fin de que ella quedara embarazada. Un año después y, dado que el embarazo no tenía lugar, las “esposas platicadoras” comenzaron a inquietarse y a pensar que tal vez este sistema podría desestabilizar sus relaciones. Otro caso fue el de una pareja de lesbianas muy dedicadas que, durante cuatro años, siguieron el método del ritmo y le pedían al vecino que apareciera casi instantáneamente con semen calentito y fresco cuando la mujer en cuestión estaba en el punto más alto de la ovulación. Desafortunadamente, la aparición de un tumor impidió el embarazo en este caso y el desgaste de años de

experimentación las dejó exhaustas a ambas (¿incluso al donante?), por lo cual desistieron de embarazarse.

La preparación de mi parto fue sencilla, aunque costosa, debido a que todo el tratamiento lo realizamos en un hospital privado de altos vuelos, pues ahí trabajaba nuestro ginecólogo y, aun cuando los médicos amigos nos subsidiaron el tratamiento, la cuenta del parto con cesárea fue alta, considerando que yo no tenía seguro médico, pues trabajaba como consultora internacional independiente. Inconscientemente, creo, me había alejado de la seguridad posible de un puesto al que podía acceder en el mundo académico, aunque tenía un doctorado de universidad estadounidense prestigiada, temiendo que mi decisión fuese vista entonces como demasiado atrevida para el universo de pensadores y académicas que habitaban las universidades públicas de México.

Claudia, por su parte, construía nuestra estabilidad económica a la cabeza de un negocio familiar de restaurante y panadería, mientras continuaba lanzando sus proyectos dirigidos a la transformación cultural y política. Sin embargo, el proyecto de negocio familiar apenas despegaba, cuando, en 1994, año en que nació Claudio, tuvimos que cerrarlo por la crisis económica que se vivió en el país en ese mismo año.

*Cairo menos diez ¿o es más fácil hablar
de tener niños que cuidarlos?*

La llegada de Claudio al mundo fue una celebración maravillosa precedida por los *baby showers* que ahora nos organizaban las mismas amigas que antes tenían tantas dudas sobre nuestro posible embarazo. Los parámetros de referencia cambiaban, dejamos de querer saber “por qué” para llenarnos de un “ahora” en el que resultaba maravilloso abrazar a nuestro hijo como parte de una cultura ancestral donde se celebra tanto a los niños. Irresistible dejar de creer que ese hijo era de todas, no sólo nuestro, no por otra razón sino porque era parte de un cambio al que contribuíamos de distintas maneras, aun desde el silencio. Otros baby showers fueron organizados por la familia, las amigas de mi mamá, pues “sorpresa, sorpresa”, la resistencia mayor a mi embarazo no la encontré en los círculos familiares inmediatos. Las mujeres, muchas profesionistas, artistas, amigas de nuestras madres veían con muy buenos ojos que me convirtiera en madre, en vez de andar de rollera o académica. Las amigas de mi mamá se acomodaban

a todo pensando que lo mío/nuestro era como si fuera una madre soltera, acompañada por Claudia, que ahora se embarazaba, en vez de ir a no sé qué conferencia. La familia de Claudia, era, en términos generales, solidaria, abierta y respetuosa.

Nuevamente hizo su aparición Jesusa en nuestras vidas y, con su genialidad rutinaria, indicó que para impedir la invisibilidad de Claudia como madre, el niño debería llamarse igual que ella, y así lo nombramos.

En este contexto, los dilemas mayores fueron producto de lo inexpertas que éramos a la hora de cuidar al hijo. Nuestras reflexiones habían estado basadas en la superación del paradigma freudiano y en las formas de concepción alternativas. Sin embargo, la cuestión fue que nos convertimos en primerizas sin red amplia de primas o hermanas con hijos. Al principio, necesitamos al menos dos nanas para cuidar al bebé. A mí me rebasó la idea de que pudiera salir alimento de mi cuerpo y que fuera suficiente para sostener a un bebé. Fue sólo después de un curso intensivo en casa de una de las líderes de la Liga de la Leche cuando aprendí a amamantar, y esto sucedía ya con Claudio en brazos. Por eso, cuando cumplí dos meses de amamantar a Claudio día y noche cada dos horas y media y le trajeron mariachis a la vecina por el día de la madre, casi salgo a abrazar a los interpretes que, yo sentía, también estaban homenajeando mi “inconmensurable” esfuerzo maternal. En medio de esta experiencia, Manuel le ofreció a Claudia elevarle el nivel hormonal para que ella también pudiera amamantar, pero a la primera mordida de su hijo, prefirió declinar el privilegio. Finalmente, amamanté durante seis meses a Claudio y si no me instalé más en la experiencia fue porque tuve que ir a El Cairo, a defender junto con miles de mujeres más, nuestro proyecto sobre derechos reproductivos y derechos sexuales, frente a los fundamentalistas y la reacción. Difícil asistir a El Cairo pese al deseo de estar ahí, debido a la separación del bebé. Este primer viaje internacional nos evidenció que tal vez el reto más grande de ser madres lesbianas no sería tanto ideológico sino resultado de nuestra condición de madres trabajadoras.

Al poco tiempo de que Claudio naciera, cerramos nuestro negocio familiar y mi trabajo de consultora en el Population Council llegó a su fin. En medio de la crisis económica de 1994, la solución más prometedora fue aceptar la beca Rockefeller para cursar un posdoctorado en la Universidad de Rutgers con el tema “Las culturas y políticas de

reproducción en el mundo”. Ahora la familia emigraba con una mujer maravillosa que nos ha acompañado durante diez años, Tomasita, quien ha sabido ser nana no sólo de Claudio sino, yo digo, que hasta nuestra. En Nueva Jersey, emprendimos una vida que se fue enriqueciendo con la incorporación de Claudia al Centro por el Liderazgo Mundial de las Mujeres. Yo conseguí un buen empleo en Nueva York y, así, Claudio ingresó al mundo de la educación preescolar en una escuela progresista donde el tener dos mamás no representó mayor problema. Vivimos tres años en Estados Unidos y si precipitamos el regreso, fue porque sentíamos que era mejor que el niño creciera rodeado del afecto de sus familias.

Cuando en 1997 regresamos a México, la vida había cambiado mucho, de formas tan sutiles que aún hoy resulta difícil describirlas. Efectivamente, el clima de democracia que precedió al 2000, así como el efecto acumulado de tanta crisis iba dejando huella en la “intimidad nacional”. Nuestro ingreso al mundo de las escuelas, los clubes deportivos o los círculos de las parejas hetero- jóvenes y con hij@s estuvo marcado por una mimetización con los códigos de esos círculos mediante mi adopción completa de su forma de vestir (que no de pensar), así como de una prudente y gradual incorporación de Claudia a estos mundos. La verdad es que nadie nunca nos cuestionó directamente.

Poco a poco, muchas de esas parejas que son padres y madres de los amiguitos de Claudio se fueron divorciando, viviendo crisis económicas (con mayúsculas), experimentando con la migración, el secuestro, la pobreza o, en casos excepcionales, con la concentración excesiva de dinero. El ingreso a dichos mundos fue una elección de abrírnos a las posibilidades de intercambio, en vez de recluirnos en universos de mayor complicidad o protección. Fuimos conscientes de que si la primera opción no funcionaba, tendríamos que recurrir a otras estrategias de socialización. Sin embargo, poco a poco, Claudia y yo nos fuimos convirtiendo en la sal y pimienta de muchas reuniones de ese tipo y, sin darnos cuenta, en “paradigma” de un esquema familiar de roles flexibles al que muchas veces se consulta y se ve con respeto.

Durante todo este tiempo, no han dejado de sorprendernos las transformaciones políticas y culturales que se han gestado en la vida cotidiana en México en los últimos años. Con frecuencia, comentamos que la sociedad ha cambiado mucho más de lo que l@s apologistas del clóset suelen calcular. Sin duda, el ascenso del conservadurismo es real y

muchas horas le hemos dedicado a estudiarlo, entenderlo, a dictar conferencias o a escribir artículos al respecto, pero también creemos importante seguir participando en desconstruirlo en vida, teoría y práctica. Al hacerlo, nos sentimos cada día más capaces de enfrentar los fantasmas que aún viven dentro de cada una de nosotras y que se llaman autocensura y silencio. El ejercicio es, sin duda, importante, porque siempre existe el riesgo de que los fantasmas se vuelvan más ambiciosos y se manifiesten como hiedra trepadora dispuesta a sacrificar coherencia y dignidad por reconocimiento o pertenencia social elitista.

Faltan la adolescencia de Claudio, así como muchas otras etapas en la vida, por ello, este artículo no debe acabar con un tono celebratorio, sino prudente. No sobra aclarar, tampoco, en estas últimas líneas, que si bien agradecemos durante años el interés de Marta Lamas por abrirnos las puertas de DEBATE FEMINISTA para socializar nuestra maternidad, sentíamos que era necesario acumular experiencia de vida para poder compartir lo que para nosotras nunca fue un acto de militancia o la planeación de un escándalo más en nuestras vidas. Más bien, todo lo aquí relatado surgió del deseo y la locura por tener un hijo a quien darle nuestro amor y cuidados, que incluyen debilidades y prisas, pero también profundo entusiasmo y muchas, muchas ganas de vivir.



De izquierda a derecha:
Cecilia Olivares, Alina Barojas y Patricia Ramos.

Fotografía: Lorena Alcaraz